

ESPEJOS DE DOLOR

José Romano

Buenos Aires

2009

Romano, José

Espejos de dolor. - 1a ed. - Buenos Aires : El Escriba,
2009.

324 p. ; 15x20 cm.

ISBN 978-987-605-244-3

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863

Fecha de catalogación: 06/11/2009

Los personajes y situaciones de esta obra son producto de la imaginación del autor, cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación, en ninguna forma ni por ningún medio, sin el permiso expreso por escrito del autor-editor

©2009 José Romano

©2009 Editorial El Escriba

Sunchales 721 - Ciudad Aut. de Buenos Aires. Argentina.

Tel: 4582-5315 – editorial@edicioneselescriba.com.ar

www.edicioneselescriba.com.ar

ISBN 978-987-605-244-3

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Impreso en Argentina en el mes de noviembre de 2009

Agradezco a los descendientes de Narciso Pérez Zubizarreta, en particular a sus hijos Manuel y María Teresa, por la autorización para utilizar las fotos antiguas de la estación y de la Iglesia de la Inmaculada Concepción de Morata de Tajuña, que ilustran la tapa y que forman parte del excelente y prolífico trabajo que aquél realizara como cultor del arte fotográfico.

Y podrás conocerte recordando

*Y podrás conocerte recordando
del pasado soñar los turbios lienzos,
en este día triste en que caminas
con los ojos abiertos.*

*De toda la memoria, sólo vale
el don preclaro de evocar los sueños.*

Antonio Machado

I

Era domingo, corría el otoño de 2006 y hacía ya un rato que Banfield le había ganado de visitante el clásico a Lanús. La noche había caído sobre Buenos Aires y Antonio Ricciardi, reconocido escritor, se encontraba meditando en el escritorio de su casa de Villa Urquiza en la que vivía desde 1983. Recién acababa de terminar con la lectura de un texto que le habían enviado. Lo había llevado a leerlo la referencia del mail, “*Sr. Antonio Ricciardi: Novela para ser leída únicamente el día señalado*”, de V. Mugica según constaba en la firma.

En realidad, a su computadora llegaban a diario muchos mails con escritos de todo género que le enviaban diversos escritores en busca de su crítica. Antonio era un apasionado hincha de Banfield y el resultado obtenido por su equipo esa fecha lo había puesto de tan buen ánimo que había logrado sacarlo del estado un tanto melancólico en el que se hallaba. También había ayudado a cambiar un poco la perspectiva algún segmento del texto que había estado leyendo. Ese domingo no era igual a otros, primero porque se cumplían veintinueve años de la muerte de su padre y, a pesar del tiempo transcurrido, la fecha no dejaba de movilizarlo. Segundo, porque se celebraban las pascuas y eso también lo llevaba a reflexión. Su visión del catolicismo como doctrina era muy personal, pensaba que el rol de la Iglesia actual estaba muy lejos del que debía ser, sostenía que se preocupaban más por mantener el poder que por llegar a los más necesitados.

Ganador de premios nacionales e internacionales, era reconocido por sus novelas testimoniales, por su participación dentro de Montoneros en los primeros tiempos de la organización, por su visión de una Latinoamérica unida y por su vasta militancia en la defensa de los derechos de los más pobres, circunstancia que durante el 77, plena época de la represión, le hizo pasar un tiempo en un centro de detención con un importante riesgo de desaparecer, pero que pudo evitarse gracias al estado público que logró dar su familia al hecho. Aún así, no se consiguió eximirlo de los interrogatorios y del sufrimiento al que fue sometido durante el encierro. Luego de recuperar la libertad se mantuvo muy firme en su postura de no ir al exilio. Consideraba que, como no había hecho nada malo ni cometido ningún delito, no había razón alguna para escapar y que el lugar donde quería vivir era aquí, en su país. De algún modo, tarde o temprano, tanta sangre joven derramada haría germinar la semilla de un país libre. Su primer concurso literario lo ganó a la joven edad de 19 años y en 1972, con la publicación de su novela *Un Valle de Pesar*, se instaló en el reconocimiento del público lector de aquellos tiempos. En esta obra articulaba de modo ficcional el bombardeo a Plaza de Mayo del 16 de junio del 55 con las ejecuciones de aquellos tres días de junio del 56 en ocasión del levantamiento militar del General Juan José Valle. La narración está a cargo del protagonista, un personaje imaginario, pasajero del emblemático trolebús de la línea 305 el día del bombardeo y luego sobreviviente al ametrallamiento del basural de José León Juárez. El argumento pone de manifiesto la terrible injusticia de la Revolución Libertadora y las reflexiones del personaje anticipaban en forma casi premonitoria los acontecimientos que marcarían más adelante nuestra memoria colectiva.

Casi todas las obras de Ricciardi, aunque procuraban testimoniar la infausta realidad pasada, estaban cargadas de una mirada positiva hacia el futuro y evidenciaban cómo todavía seguía creyendo que a nuestro país le aguarda un promisorio destino de igualdad de oportunidades. Esto, a pesar de lo mucho que habían hecho algunos por evitarlo o lo que otros aún se empeñaban en impedirlo. Sostenía que la memoria y la revisión del pasado eran imprescindibles a la hora de impartir justicia, valor necesario para la construcción de una

sociedad mejor, pero que nada aportaba si uno se sumergía en la melancólica añoranza de los buenos tiempos, alimentando el rencor en vano o revolviéndose estérilmente en el dolor de lo sufrido.

El paso de Antonio por Montoneros estuvo teñido permanentemente de fuertes contradicciones entre los ideales perseguidos y algunos de los métodos utilizados. Ferviente admirador de la obra del Padre Mugica en favor de los pobres, sentía una profunda admiración por la postura teológica que transmitía su artículo “Jesús y la política de su época”. Como estudiante de primer año de periodismo, pudo infiltrarse en la conferencia de prensa que Mugica dio después del atentado del 2 de julio de 1971 y escuchar sus sabias palabras y sentencias. “Nada ni nadie me impedirá servir a Jesucristo y a su Iglesia, luchando junto a los pobres por su Liberación –decía el cura–. Si el Señor me concede el privilegio, que no merezco, de perder la vida en esta empresa, estoy a su disposición”.

En Banfield, más precisamente en la cuadra de la calle Araoz donde se crió y creció, había formado un grupo de entrañables amigos integrado por su hermano Jorge, Julieta, Rodolfo, Olga y Sebastián. Estos últimos habían llegado al barrio provenientes de Tandil y al igual que Rodolfo y Julieta eran hermanos. Salvo Elvira, hermana siete años menor a Antonio y que por esa razón no formaba parte activa del grupo, todos tenían más o menos la misma edad. Jorge, Sebastián y Rodolfo iban juntos al mismo año de colegio, o sea uno por delante de Antonio, Olga y Julieta. “¡Este pendejo es flor de piola! –le decía Jorge a sus padres para burlarse de Antonio–. A él le toca ir a la escuela con las chicas y a mí me tocan Sebastián y Rodolfo, ¡qué injusto!”.

Imbuidos del ideario de la época, cuando ingresaron a la universidad, comenzaron a colaborar con las tareas de ayuda que el sacerdote llevaba adelante para los villeros del Barrio Comunicaciones. Por eso, aquel 6 de diciembre de 1972 pudieron presenciar la visita del General Perón a la Capilla de Cristo Obrero y luego, el 9 de mayo del 73, la de Cámpora. Tanto para ellos como para muchos de los jóvenes de la época, el rock nacional formaba parte de su mundo. Vox Dei, Manal,

Almendra, Sui Generis y Los Gatos con *La Balsa* serían algunos de los nombres propios que marcarían sus gustos musicales. A esto se sumaba la admiración de Antonio por algunos poetas latinoamericanos como Neruda, Guillen y Tejada Gómez. *Canción con Todos* revestía para él carácter de himno y se sentía atraído por otras expresiones del folklore entre las que destacaba su afición al grupo Quilapayún, mientras Víctor Jara fue su director artístico. En lo deportivo eran asiduos concurrentes al club. Durante el 73, junto a Sebastián y Rodolfo, siguieron estoicamente la campaña de Banfield en la “B” sin faltar a ningún partido y celebraron eufóricamente el campeonato y ascenso de aquel equipo en el que, dirigido por López y Caballero, jugaban entre otros Ricardo La Volpe, Hugo Mateos, Silvio Sotelo, Eduardo Pipastrelli y Juanchi Taverna. Ese mismo año los seis estuvieron el 25 de Mayo en la plaza para la asunción de Cámpora, recientemente electo como presidente del país por la candidatura del Frente Justicialista de Liberación. Aplaudieron con emoción a Salvador Allende y celebraron con algarabía la pintada sobre la pared de la Casa Rosada que la nombraba como “Casa Montonera”. Recibieron a Perón en Ezeiza poco tiempo después y se vieron involucrados en los enfrentamientos de ese inolvidable 20 de junio. Se indignaron con la renuncia del presidente y comenzaron a despertar de la ensoñación para darse cuenta de algunas cosas, por ejemplo del nefasto rol que personajes como López Rega iban a cumplir después.

Por su activa participación en los trabajos de la villa y por su acercamiento con el Padre Mugica, Antonio pudo ser testigo de hechos tales como el distanciamiento que se produjo entre el sacerdote y el movimiento Montoneros, y la misa que en la capilla de la villa se celebró en conmemoración de la muerte de Abal Medina y Ramus el 7 de diciembre de 1973. «Como dice la Biblia, –había sentenciado Mugica– hay que dejar las armas para empuñar los arados». Aquel 1 de mayo del 74, también ellos se dieron cuenta del engaño que comenzaba a reinar, se sintieron tocados por el despectivo mote de “imberbes” que les dio quien creían su líder y formaron parte de los que abandonaron la Plaza. A partir de allí comenzaron a defender sus ideales desde donde y cómo pudieron y cada uno logró alcanzar su propio

destino. Sebastián, Rodolfo, Jorge y Julieta fueron cuadros de Montoneros en tanto que Antonio y Olga, más allá de su coincidencia de ideales, comenzaron a tomar distancia de la organización. Ambos se mantenían fieles a sus pensamientos de izquierda y sostenían que lo que defendían las bases del movimiento no era correspondido en los cuadros de conducción, sentían por el contrario que muchos de esos dirigentes realizaban una horrible malversación de aquellos ideales. El 11 de mayo de 1974 un vil personaje de la Triple A acribilló al padre Mugica con cinco disparos de ametralladora Ingram M-10. Murió al ingresar al Hospital Salaberry y, en medio de tanto dolor, a Antonio le pareció épica aquella frase que el moribundo alcanzó a decirle a una enfermera “¡Ahora más que nunca tenemos que estar junto al pueblo!”. El entierro, al que por supuesto acudió, fue como una multitudinaria manifestación y coincidió con la denominación de “Santo Villero” con la que lo calificó parte de la prensa.

“¡Cómo ha cambiado todo con el paso de los años! –se dijo Antonio en tono reflexivo–. ¡Qué lo parió con Jorge! Al final se lo llevó el miedo...” y, sí, antes de que lo levantaran los servicios era preferible irse... también, después de lo de Julieta, ¿qué iba a hacer? Al final tuvo suerte, no como Sebastián y Rodolfo ¡qué triste fue todo! Una auténtica película en tiempo real: la persecución, mi detención en febrero del 77, el encierro, el miedo, la entereza de Olga embarazada de Miguel y trajinando incansablemente por mi liberación..., la muerte de mi padre... y yo todavía detenido, la impotencia ante el suicidio de mamá, Tandil, el regreso a Buenos Aires y al final, como si el destino quisiera compensar... los premios y el reconocimiento público en los años que siguieron. ¡Mucho material para un buen argumento! –sonrió casi irónicamente.

Para Antonio era incomprensible la empecinada resistencia de Jorge a volver. Quería permanecer allá, en Morata de Tajuña, el pueblo español del abuelo materno y en donde se afincó luego de un tiempo de dar vueltas por España en un vano intento por mitigar el dolor. Entonces recordó la justificación que le diera en la última conversación telefónica: que el actual oficio de carpintero heredado de su padre

cubría sus necesidades económicas, que la relación que tenía con la madera y la paz que le proveía trabajarla era más que suficiente para hacerlo sentir bien, que prefería seguir solo allí en Morata y que poco había en Argentina que lo estimulara a volver. Y todavía más: resulta que nada quedaba de aquellos ideales que defendían y que estaba a la vista que tanto Argentina como Latinoamérica habían encontrado la respuesta a la vieja cuestión de “unidos o dominados”. Y como había agregado, intentando zanjar la discusión con una broma, que por si todo fuera poco River andaba para el culo y no tenía ganas de que lo cargaran por eso. Así como Antonio era fanático de Banfield, Jorge lo era de River y, aquel domingo que Banfield le ganó 5 a 0 River, Jorge lo había mandado a la mierda por todos los mails alusivos que le había enviado.

Antonio recordaba perfectamente el amor que Jorge había sentido desde adolescente por Julieta. La había seguido en todo y siempre había procurado protegerla. Bromeaba con los veintitún meses que le llevaba, decía que le daban la autoridad suficiente. Jorge era del 13 de agosto del 51 y Julieta del 15 de mayo del 53. Antonio se sonrió al acordarse de su hermano apoyado en la baranda de la terraza con la cabeza mirando al patio de la casa de ella charlando animadamente. Tanto Jorge como Julieta habían trabajado esforzadamente por la causa y comenzaron a sentirse defraudados cuando se dieron cuenta de cuánto los estaban usando y engañando. La desaparición de ella en algún centro clandestino, nunca lograron saber cuál, lo marcó de soledad para toda la vida. Esta circunstancia había radicalizado mucho más su postura, al punto de llevarlo a justificar la lucha armada. Jorge jamás pudo superar la culpa de haberla sobrevivido. Habría deseado que le pasara a él lo que a ella. Inútiles fueron los intentos de Jorge por dar con su paradero, máxime que en esos días había tenido que guardarse la mayor parte del tiempo. Aún así, todas las tardes aguardaba con esperanza la llegada de Francisco y Ana, que recorrían afanosamente comisarías y cuarteles en busca de su hija. Sin embargo, lo único que recogían eran intimidaciones y amenazas. “¡Seguro se fue de joda!, ya va a volver.”, le decían con la soberbia que caracterizaba a quienes estaban a cargo de estos lugares. Daba mucha pena verlos

regresar abatidos, en particular a Francisco que, como consecuencia de la diabetes, tenía muy quebrantada su salud. Y el destino no tuvo piedad con ellos, en octubre del 76 la adversidad de los hechos los volvió a golpear. El mismo día, las fuerzas represoras se llevaron a Rodolfo y a Sebastián de la casa de un amigo de Temperley donde solían reunirse algunos miembros de Montoneros. Para Francisco fue demasiado, no pudo soportar la desaparición de su otro hijo y falleció un mes después. Ana en cambio siguió con su lucha incansable y se sumó a las madres de Plaza de Mayo pero también falleció, a mediados de 1989, sin haber logrado saber nada de sus hijos. Para Jorge la cosa también se había complicado, en noviembre del 76 había logrado escapar de milagro de un confuso episodio. Un auto lo persiguió varias cuadras pero logró zafar cruzando al paso de un tren las vías del ferrocarril en la estación Banfield. Esa fue la última vez que decidió poner en riesgo su vida y tomó la decisión de salir del país. Primero pasó a Brasil desde Paso de los Libres y entró posteriormente a Europa por Portugal. Los padres de Olga, golpeados por la desaparición de Sebastián, decidieron volverse a Tandil y refugiarse en su ciudad natal para mitigar el dolor. Cuando tomaron esa decisión, todavía no lo sabían pero se estaban convirtiendo en el futuro refugio de Antonio, Olga y el pequeño Miguel, además de Elvira que también se fue con ellos. De algún modo, la muerte de sus padres hizo que Antonio y Elvira los adoptaran como familia. A tal punto que la hermana de Antonio sólo se fue de Tandil para estudiar Bioquímica. Cuando se recibió, volvió y comenzó a ejercer su profesión, se casó con Fabián y tuvo dos hijos: Ernesto y Karina. Por su parte Teresa, luego de que el padre de Olga muriera de un infarto, también se fue a vivir con ellos.

Verdaderamente Julieta había sido una persona muy especial en la vida de ambos hermanos. Era muy grande el cariño y afecto que Antonio le había profesado. La generosidad y preocupación que tenía por los más débiles la habían llevado a destacarse por sobre los demás en las tareas que realizaba todo el grupo en las villas. Tenía el don de estar siempre alegre y dispuesta a vivir a pleno, le encantaba ir a bailar y divertirse. Su energía era inagotable y siempre quería colaborar, cualquiera fuera la tarea que le encomendaran, para alcanzar los ideales

que perseguían. Su pasión por ayudar era inagotable. Amaba la carrera de Filosofía que había iniciado. Compañera de fierro, siempre estaba lista y él tenía la certeza de que ninguna tortura habría podido arrancarle nombre alguno, estaba seguro de que la cercana desaparición de Sebastián y Rodolfo no se había producido porque ella los hubiera delatado. Era muy bonita y al mirar sus ojos claros, decía siempre Antonio, uno podía intuir la transparencia de su alma.

Antonio era un sobreviviente nato, al nacer, un 6 de enero de 1953, tuvo que luchar para quedarse en este mundo. Una enfermedad desconocida lo había obligado a permanecer internado por tres meses en el sanatorio. Estuvo al borde de la muerte y, así como ningún médico supo precisar su mal, tampoco ninguno pudo establecer las causas de su mejoría. Esta circunstancia fue seguramente la que le dio un rasgo determinante a su personalidad y a su visión de la vida y la muerte. Para Antonio siempre había esperanza y nada estaba terminado. Contagiaba coraje verlo intentar resolver los problemas con insistencia, era como si tuviese el don de la esperanza perenne. Esta fue siempre la gran diferencia con su hermano. Jorge era de los que daban por perdida cualquier causa rápidamente, se reprochaba mucho lo que creía haber hecho mal y luego se quedaba pegado en forma permanente con el pasado. Se les notaba al observarlos, tan distintos en algunos aspectos y tan iguales en otros, parecían imágenes especulares: iguales pero opuestas. Físicamente eran también bastante opuestos: Jorge, de pelo castaño oscuro, había heredado la apariencia física y los ojos negros de su abuelo materno. Los de Antonio en cambio eran celestes como los del otro abuelo y su cabello era rubio, lo que le daba un porte bien italiano. Cuando era joven, parecía de más edad y ahora que era grande parecía menor. Lo mismo pero a la inversa ocurría con Jorge. Si bien ambos habían perseguido siempre los mismos ideales, para alcanzarlos Jorge había sido más proclive a la violencia y su hermano al diálogo. Los dos eran leales con sus amigos, bastante verborágicos, aunque Jorge más desde lo histriónico y gestual mientras que Antonio desde su formalidad y de su exquisita retórica. A Jorge le encantaba el vino y Antonio no bebía ni una gota de alcohol. Los dos, de manera muy distinta, sentían un gran cariño por Julieta. Hasta en los clubes de

sus amores la imagen era simétrica: la banda verde de Banfield opuesta a la roja de River. Habían crecido muy unidos en la casa paterna de Banfield escuchando diversos relatos libertarios de boca de la tía abuela Asunción que se apoyaban en hechos tales como la increíble vida y andanzas del abuelo materno, don Ángel García Lizarreta, rojo y republicano, la anécdota acerca de la forma en que llegó tarde para embarcar en el Titanic, su participación en la guerra civil española, su condición de Alcalde de Morata de Tajuña durante la misma, su exilio en México, su posterior regreso a España, su detención y la condena a muerte. Además de estos, de boca de su madre escuchaban los horrores de aquella guerra, de cómo, cuando por fin finalizó, había salido de España con una hermana huyendo hacia Francia por Perpiñán, del tiempo que ambas pasaron juntas en el campo de concentración, de los sufrimientos y vejaciones, del escape, de la vuelta a Barcelona, de lo terrible de la dictadura franquista, de los años de infructuosa lucha para lograr el indulto de su abuelo y de la póstuma rebeldía que éste tuvo muriéndose antes de que ejecutaran su condena. Y como si eso fuera poco, de cómo una vez ocurrido, ella decidió emigrar en 1949 a la Argentina para reencontrarse con su tía Asunción, y con su propia hermana que habían llegado en 1947. Ayudaba a todo esto el silencioso respeto y admiración que sentía por estas historias su padre, Cayetano Ricciardi, hijo de inmigrantes italianos. Obligado a trabajar desde niño, carpintero de oficio, había fogueado los ideales de sus hijos desde su silencioso lugar de autoridad. Los relatos de él acerca de su vida, sus inquietudes, su generosidad y su militancia en el socialismo les marcaron profundamente el pensamiento. Durante la infancia y adolescencia para los pequeños Antonio, Jorge y Elvira fueron tan familiares los nombres de Líster, El Campesino o el Comandante Carlos, iconos de la guerra civil española, como los de cualquier personaje argentino. A los tres la sola mención de la palabra “Republicano” los llenaba de un inembargable orgullo y sentido de pertenencia. En el tocadiscos familiar sonaban en ocasiones canciones de la guerra y, ya desde niños se escuchaban en una radio extranjera los discursos de Fidel como fondo de sus juegos infantiles. Inevitablemente los jóvenes Ricciardi tenían un destino de izquierda.

Todavía era domingo y Antonio retomó las reflexiones sobre el texto que le habían enviado. En el cuerpo del mail destacaba la importancia que le daba a su crítica y le decía que, si el día en que la leyera resultaba de su agrado, lo invitaba a encontrarse cualquier jueves por la noche en un restaurante.

“¡Justo tenía que ser en Banfield! –se dijo al leer la dirección que le indicaba más abajo–. ¡Cuánto hace que no voy! A ver..., desde el 77 porque en el 80, sí, en ese año fue Olga con un poder para la venta de la casa. ¡Y encima en Aráoz, al 300, a pocas cuadras de ahí!”

A Antonio le había parecido muy original el asunto del mail. Parecía dejar a su albedrío la elección de “día señalado”. Seguramente allí radicaba el secreto del artificio que movilizaba su ansiedad y esa mención, sumada a la simpatía que de suyo propio le despertaba el apellido del remitente, lo había predispuesto a la lectura.

“El día señalado, el día señalado... ¿señalado para qué?”, se preguntó con cierta inquietud.

Le había intrigado saber si de su contenido surgiría la respuesta pero al finalizar la lectura se dio cuenta que no. Nada en el relato parecía indicarlo o, si así lo hacía, no se había enterado. La novela, que en realidad se trataba de una *nouvelle* relataba la vida de Rogelio Sologaistúa. Nacido en Tucumán hacía 56 años, el personaje había tenido una vida muy intensa, idealista y con mucho camino recorrido. Si bien había bastante para corregir y la trama por momentos se hacía un poco difusa, la idea era buena. Para Antonio, había en Mugica buena pasta de escritor. De acuerdo con el argumento a Rogelio se le daba por acometer la empresa de regresar a aquellos lugares en los que había estado. Se le había instalado la obsesión de que había tenido un hijo con alguno de los amores vividos y decide buscarlo. Esta búsqueda lo lleva a cada una de las ciudades en las que vivió y a repasar su historia y los acontecimientos de los que fue participando. Rogelio estaba muy disconforme con la realidad de su tiempo. Se sentía parte de una generación que había entregado mucho y recibido poco a cambio. Al ir desmenuzando las distintas capas del relato se ponía en evidencia un Rogelio muy extravertido, enamorado, orgulloso

de su origen vasco, anárquico y revolucionario, admirador del Che, aficionado a viajar y/ o a cambiar los lugares de residencia, un ser generoso, inteligente y analítico que generalmente tendía a excederse con los pensamientos mágicos y los planteos culposos. A Ricciardi le resultó un poco estereotipado. “Quizás habría que restarle algunas virtudes y cargarle algunos defectos –pensó–. Así no sería tan fuerte la semblanza ideal que pintaba el autor”. A lo largo de la novela aparecían, a modo de repaso, la militancia de izquierda de Rogelio durante la década del 70, su vinculación con personas de todas clases, sus intensas relaciones con mujeres muy diferentes, su tendencia a sostener debates en defensa de ideales altruistas y se instalaba como un discutiador profesional. Su discurso por momentos tenía algo de nihilista. El final era positivo, al igual que la conclusión y la decisión a las que arribaba. Gracias al camino recorrido culmina en una acción que lo carga de esperanza y lo pone de cara a la construcción de un futuro. Antonio cuestionó muchas de las reflexiones que abundaban en el texto y acompañaban al personaje en su viaje retrospectivo. Su crítica no era tanto en su entidad, como en la falta de sentido que le encontraba a esa mirada. Se sintió igual que cuando discutía con Jorge sobre su empecinada manera de proyectarse hacia el pasado. En una de las tantas conversaciones telefónicas que sostenía a menudo para tratar de convencerlo de que volviera le había dicho:

—Me parece, Jorge, que te estás yendo al carajo, ¡qué mierda tendrá que ver el *Conócete a ti mismo* de Sócrates con que te la pases revisando la historia y justificando que tu ser actual es así porque cargas con un mandato que te condiciona! ¡Es ridículo! Además, con esa retrospectión constante lo único que haces es sufrir por lo que perdiste o lamentarte por no haber vivido en la época del abuelo. No te das cuenta de que eso te resta toda posibilidad de disfrutar el presente que siempre algo bueno tiene. Y encima no tenés proyectos que te mantengan vivo. No voy a discutir más con vos, hace lo que te parezca y, si querés seguir enterrado en vida, es cosa tuya.

Finalmente Antonio se imprimió una copia de la novela para poder leerla nuevamente con más detalle y le respondió el mail a Mugica

confirmándole que aceptaba encontrarse con él el jueves siguiente por la noche. El desenlace del relato le había parecido muy bueno y le había despertado interés por conocer al autor. Aunque su concepción particular sobre lo que significaba escribir no lo hacía proclive a emitir juicios de valor o a reunirse con escritores para analizar textos, en este caso había encontrado algo que lo impulsaba a querer lo contrario. Por supuesto que también le provocaba una gran excitación la idea de volver a Banfield y enfrentar el regreso, le parecía una buena excusa. Llevado por el entusiasmo le comentó a su esposa lo que había leído, la impresión que le había causado y su decisión de encontrarse con el tal Mugica. Ella también se interesó por el texto y lo discutieron un rato, como era habitual en ellos, no coincidieron con la interpretación. Olga y Antonio, si bien se conocían desde niños, habían iniciado su vínculo de pareja recién a fines del 76, más precisamente el 1 de octubre de ese año, en la noche que celebraban el cumpleaños de ella. El comienzo de esta relación fue la razón por la que Olga no se marchó a Tandil con sus padres y se quedó a vivir con él. Estaban enamorados y era tan intenso el amor que había surgido entre ellos que rápidamente Olga quedó embarazada. Entonces Antonio fue detenido y el bebé nació mientras todavía estaba en cautiverio. Además de Miguel de 29 años, soltero y residente en un pequeño pueblo de Tucumán donde ejercía como médico clínico, tenían otros dos hijos ya independizados. Jeremías de 27, también soltero, era actor y vivía en su propio departamento. Silvana de 24, recibida hacía poco de socióloga, se había casado hacía tres meses y vivía en Mendoza, ciudad de donde era su marido. Antonio y Olga habían pasado juntos muchas vicisitudes, estaban acostumbrados a discutir y sabían que había un punto en que no coincidirán con el análisis y que dejarían el tema respetando la visión del otro.

—Si finalmente tomaste la decisión de volver y vas a ir este jueves acordate que el viernes por la mañana salimos para Tandil —dijo Olga— y que le dijimos a mamá y a tu hermana que íbamos a llegar al mediodía.

Entonces hizo un breve silencio y le preguntó:

—¿Estás seguro de que ir a Banfield no te va a hacer mal? ¿Te sentís preparado para volver? ¿No querés que te acompañe?

—En realidad no sé si estoy listo y pienso que el encuentro con este tipo es una buena excusa para comprobar qué pasa. Alguna vez tengo que volver —meditó un momento y agregó—: Creo que prefiero ir solo.

Pasaron los días y a medida que se acercaba al jueves se sentía cada vez más inquieto. Releyó la novela un par de veces y cada vez que lo hizo no pudo evitar que le sirviera de estímulo para repasar muchos acontecimientos de su vida y de su familia. Todavía no sabía por qué, pero lo cierto es que en todos esos días no había podido realizar sus tareas habituales, era como si su mundo se hubiera detenido a la espera de aquel encuentro. Llegado el jueves, tomó coraje y se encaminó a la dirección indicada. La fachada del restaurante estaba especialmente descascarada, lo que le daba un aire antiguo con una esencia típicamente colonial, sobre la puerta de acceso, en un cartel iluminado por una tenue luz, se leía *El Regreso*.

—Qué ironía —pensó en voz alta—. ¡Justo El Regreso se viene a llamar este lugar!

Se detuvo en la vereda y se dio cuenta de que a pesar del tiempo transcurrido, algunas cosas seguían igual: el empedrado, los árboles frondosos en ambas veredas cuyas copas casi se juntan formando un techo y las casas bajas... obviamente algunas eran nuevas. Miró calle arriba, sabía que a pocas cuadras de ahí estaba la casa paterna y sintió en forma simultánea como si algo apretara muy fuerte su pecho y un escalofrío le recorriera la espalda. Viajó un poco más atrás en su recuerdo y allí sí se dio verdadera cuenta de lo diferente que era este lugar respecto de aquel de calles de tierra, árboles y zanjones donde siendo niños jugaban libremente. Recién después de un rato se sobrepuso y se decidió a entrar. Lo recibió un conjunto de aromas del que pretendió descubrir su origen y composición pero sólo distinguió un fuerte olor a laurel que lo envolvió y lo llevó nuevamente al pasado. Vio su casa, el cañaveral del fondo, las plantas de mandarina. Llegaron a su mente la figura de su madre trajinando en la cocina y la de su

padre trabajando en el taller de carpintero. Se vio en la vereda jugando con Olga, con su hermano Jorge, con Rodolfo y Julieta, también con Sebastián. Entonces escuchó la voz de Julieta diciéndole:

—¡Antonio, se bueno! Decile a Jorge que no me pelee, ¡me va a hacer caer en la zanja!

El interior del restaurante ofrecía un acogedor ambiente en el que predominaba la madera, al fondo del salón se veía una estufa hogar. Las paredes estaban adornadas con cuadros de anchos marcos y bucólicas imágenes. Las mesas, de apariencia rústica, eran pocas y muy amplias distribuidas estratégicamente mirando al hogar. En su centro, un candelero con una gruesa vela encendida profundizaba la identidad intimista del lugar. Antonio recorrió con la mirada las pocas mesas ocupadas, como tratando de identificar al autor de la novela. De una de ellas se levantó una joven muy atractiva con una indumentaria muy informal, no parecía llegar a los treinta años, tenía el pelo negro y mediana estatura. Con decisión se acercó hasta él, lo miró fijamente y le estrechó la mano.

—Señor Ricciardi, le agradezco infinitamente que haya leído mi novela y aceptado mi invitación, por favor, venga hasta mi mesa.

Sorprendido, aceptó acompañarla y al sostenerle la mirada advirtió el celeste de sus ojos. Esto le produjo un fuerte *deja vú*, no sabía si era la situación, el entorno o el color claro de los ojos. Se sentaron y permanecieron callados durante un momento, como si ambos estuvieran estudiándose. Entonces Antonio decidió romper el silencio.

—Verdaderamente me sorprende encontrar una mujer... y además tan joven. Por el tono que tiene la novela y por como está redactada, imaginé que su autor era alguien mayor. Y, demás está decir que mi inconsciente machista dio por sentado que era hombre. ¿V. Mugica es un seudónimo? —le preguntó luego de hacer una imperceptible pausa.

Entonces la joven lo miró y enderezándose en la silla le respondió:

—Sí, es un seudónimo.

—¿Y cuál es su nombre verdadero?

—Jacinta Musoliccio —respondió rápidamente, como queriéndose sacar de encima el asunto—. ¿Desea ordenar la cena?

Antonio aceptó con la cabeza y ella llamó al mozo. Inevitablemente se produjo un largo silencio durante el cual ambos se miraron como esperando que el otro retomara la conversación.